

EL TIEMPO HISTÓRICO: HOMOGENEIZACIÓN Y DURACIÓN

Ángel RODRÍGUEZ SÁNCHEZ

LA HOMOGENEIZACIÓN

La división de la Historia en períodos es un intento de homogeneización que artificialmente ha establecido como punto de apoyo la aceptación de la existencia de **períodos históricos**.

Según Neumann los períodos históricos,

«son espacios de tiempo bien individualizados de la vida histórica que, por su contenido y sustancia, se ligan en una unidad y que, justamente por ello, se destacan de lo que los precede o los sigue»¹.

La definición, que se basa en la consideración de la **individualización** caracterizada por un **contenido específico** que permite distinguir un período del antecedente y del siguiente, ha de aceptarse con reparos. Individualizar un tiempo histórico supone fragmentarlo y separarlo como si su contenido fuese tan claro que por sí mismo pudiese justificar su identidad. No parecen existir contenidos tan específicos que faciliten la precisión temporal; tampoco puede entenderse un período histórico separado de los que le preceden y siguen. Si la definición no admitiese crítica, probablemente lo que entendemos por periodización en edades no admitiría **transiciones**, zonas temporales **borrosas**, ni **pervivencias**, ni contenidos prematuros que obligan a dudar de la especificidad de su sustancia. Además está el problema de cuándo empieza y cuándo acaba un período histórico cualquiera; expresiones como «temprana» Edad Media, o «transición» del feudalismo al capitalismo, o feudalismo «tardío», procuran ser nociones que superen la **borrosidad** de amplias fajas de tiempo que, por delante y por detrás, e incluso en el centro, no permite destacar la individualidad que se basa en un contenido específico y diferenciador.

Por otra parte, está el problema de la **aceptación** de la existencia de períodos históricos. Toda aceptación, aunque se reconoce indispensable, tiene un valor secundario por

¹ H. SPANGENBERG, «Los períodos de la Historia Universal», *Revista de Occidente*, XXIX-XXX, 1925, p. 196.

su **imprecisión**². Sin embargo todo ensayo de periodización es una renuncia necesaria a la **subjetividad** del historiador³ y algo que sólo es útil para ponernos de acuerdo. Esta renuncia a la subjetividad y la utilidad de la aceptación de la existencia de períodos históricos, exige exponer brevemente un hecho que sí liga todos los ensayos de periodización. Me refiero al hallazgo de Spitzberger y Kernig:

«el estudio de los intentos de división de la historia que se han ido sucediendo unos a otros, debe tener en cuenta su íntima relación con los respectivos esquemas de explicación del universo»⁴.

Cada homogeneización, que da como resultado una definición temporal, una forma de periodización, responde siempre a una **posición concreta** de quien la realiza. Así, posiciones sostenidas por el **mito**, homogeneizan periodizaciones muy significativas: las edades de oro, plata, cobre, bronce y hierro, por este orden, presentan la consciencia de la idea de decadencia, de final, que se repite en la concepción latina de las edades de la vida (**infantia, pueritia, adolescentia, iuventus, prima senectus, altera infantia**) y, en cierta manera, en la concepción de San Agustín.

Así, posiciones sostenidas por el **economicismo** y por sus formaciones sociales características, periodizan **esclavismo, feudalismo, capitalismo**, con parecida idea motora de la decadencia. En semejante posición se encuentra la **tríada vida, muerte, resurrección**, del pensamiento cristiano y la clásica **Antigüedad, Edad Media y Edad Moderna**.

Cada posición concreta inspira las formaciones homogeneizadoras y las periodizaciones: según se entienda la realidad, surgen esfuerzos que periodizan y, consiguientemente, explican e interpretan las deficiencias que todo ensayo y criterio establecido encierran. De todo ello surge una pluralidad de acumulaciones señaladas que, de forma subjetiva, seleccionan lo que sirve y ocultan máximos de borrosidad.

Todo trabajo histórico «descompone el tiempo pasado y escoge entre sus realidades cronológicas según preferencias y exclusivas más o menos conscientes»⁵. Esta tarea obliga a conocer tiempos concretos cuyos «mojones se han desplazado o difuminado a niveles estructurales»⁶, dependiendo de las diversas concepciones históricas. Una síntesis de la evolución de las periodizaciones presenta siempre la imagen de la decadencia, quizás porque la fatalidad es una presencia pesimista reconocida y aceptada en la historia. El catastrofismo es buena prueba de ello y las formulaciones que buscan destacar homogeneizaciones basadas en la sucesión generacional —las generaciones más jóvenes siempre parecen tender a lo peor—⁷, evidencian idéntica finalidad. Fernández Álvarez denunció

² J. HUIZINGA, «Problemas de Historia de la Cultura», *El concepto de Historia y otros ensayos*, México, FCE, 1977, pp. 71 y ss.

³ W. BAUER, *Introducción al estudio de la Historia*, Barcelona, Bosch, 1970, p. 147.

⁴ G. SPITZBERGER y C.D. KERNING, «Historia. División de la Historia en períodos», *Marxismo y Democracia. Historia*, 4, 1975, p. 120.

⁵ F. BRAUDEL, «La larga duración», *La Historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1970, p. 64.

⁶ J.J. CARRERAS, «Categorías historiográficas y periodificación histórica», *Once ensayos sobre la Historia*, Madrid, Rioduero, 1976, p. 51.

⁷ Como ejemplo puede tomarse el artículo de C.M. CIPOLLA: «Por una teoría general de la decadencia económica», *La decadencia económica de los imperios*, Madrid, Alianza, 1973, pp. 13 a 26.

«la tendencia a la exclusividad»⁸ como el mayor peligro de cada periodización, y Kula ha sintetizado dos posiciones antagónicas, en las que pueden caer los últimos ensayos al respecto: una, «realista», considera necesaria la periodización y reconoce la relación directa de ésta con la realidad en la que se construye; otra, «convencional», ve en la periodización un mal necesario, exigido por la satisfacción pedagógica, que en cierto modo es absurda, dado que el tiempo sólo es un «flujo ininterrumpido»⁹.

La periodización es una homogeneización necesaria que estimula el establecimiento de relaciones entre cada tiempo concreto y los hechos que se produjeron. Pero este estímulo se produce en cada formación económico-social en la que se ubica cada historiador concreto y, pese a las simplificaciones siempre comprometidas¹⁰, surgen problemas e intenciones reveladoras. Momdzhian¹¹, al sintetizar la idea marxista, no ha visto el problema múltiple que se origina en la pura contradicción: si por observación histórica es cierto que cada tensión conduce al progreso —esclavismo a feudalismo y éste a capitalismo y éste a socialismo— debe pensarse que si la historia de la humanidad es una marcha hacia el progreso, el socialismo ha de portar las contradicciones suficientes para que, de su tensión, se produzca otro estadio de progreso, el comunismo, y entonces, o se generan nuevas contradicciones, o se termina la historia.

Exactamente es la misma homogeneización que ofrece el cristianismo: toda esperanza desemboca en la confianza del Cristo y son las tensiones las que presiden la marcha hacia Dios.

Periodizar es un riesgo de homogeneización y ello no debe echarse en el olvido. Hay que arriesgarse a decir que el tiempo no es la simple sucesión aristotélica, ni el espacio el recipiente que contiene las cosas. El tiempo es una fugacidad subjetiva que se aprehende y se domina desde cada posición¹² y, la tarea del historiador, consistirá en analizar secuencias y sucesiones¹³ que hagan comprensibles las acumulaciones que definen los períodos históricos concretos.

Las periodizaciones tipificadas por Topolsky¹⁴ sintetizan los distintos métodos que se han empleado para reconstruir el proceso histórico; el progreso también se ha originado en este caso de las tensiones y discusiones que han protagonizado las distintas posiciones: de las periodizaciones **cíclicas** y **direccionales**, hemos pasado a las periodizaciones **irregulares**. Todas, al ser **objetivas**, exigen el compromiso y la posición del historiador concreto¹⁵ y, por ello, se adecúan a la peculiar visión que se tenga de la realidad. Si

⁸ M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *La evolución del pensamiento histórico en los tiempos modernos*, Madrid, Editora Nacional, 1974, pp. 90 y 91.

⁹ W. KULA, «Algunos aspectos de la colaboración entre historiadores y economistas», *Industrialización y desarrollo*, Madrid, A. Corazón, 1974, p. 19.

¹⁰ E.H. CARR, *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1973.

¹¹ «La historia de la humanidad se nos presenta como una ascensión de las sociedades de los tipos menos desarrollados a otras cualitativamente nuevas, superiores a las precedentes por todos los criterios fundamentales económicos, sociales, políticos, culturales y morales». J. MOMDZHIAN, *Etapas de la historia. Teoría marxista de las formaciones socioeconómicas*, Moscú, Ed. Progreso, 1980, pp. 49 y ss.

¹² S. BAGÚ, *Marx-Engels: diez conceptos fundamentales. Génesis y proyección histórica*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972, pp. 38-48.

¹³ H. FOCILLON, *Vie des formes*, Paris, PUF, 1981, pp. 83 a 100.

¹⁴ J. TOPOLSKY, *Metodología de la Historia*, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 458 y ss.

¹⁵ *Ibid.*, p. 458. También CARDOSO, *Introducción al trabajo...*, pp. 204 y ss.

ésta se concibe como una sucesión de repeticiones, de fluctuaciones, construiremos una periodización cíclica; si entendemos la realidad finita, construiremos una periodización direccional que concluirá, da igual por lo limitado del proyecto, en el Juicio Final o en la implantación de la sociedad comunista.

Sólo cuando tendemos a concebir una realidad compleja, nos hallamos en disposición de realizar una periodización irregular; y ésto exige disponer todos los elementos que componen la complejidad con sus relaciones, sus avances y retrocesos, sus duraciones, sus movibilidades e inmovilidades. La complejidad es el factor clave que liga la idea de homogeneización y, por consiguiente, la periodización concreta que cada historiador ha de emplear.

LA DURACIÓN

En mayo de 1946 Braudel anunciaba la distinción «dentro del tiempo de la historia, de un **tiempo geográfico**, de un **tiempo social** y de un **tiempo individual**»¹⁶. Esta distinción, todavía imprecisa, respondía a una peculiar homogeneización del Mediterráneo en la época de Felipe II. Braudel dividía su libro en tres partes: la primera es la de la historia **casi inmóvil**; la segunda la de la historia de **ritmo lento** y, la tercera, la de la historia **tradicional**. En noviembre de 1953, Braudel definía la complejidad del trabajo del historiador y de la realidad¹⁷ y, unos años más tarde, en 1958, formulaba la **duración**¹⁸:

«[...] para nosotros, nada hay más importante en el centro de la realidad social que esta viva e íntima oposición, infinitamente repetida, entre el instante y el tiempo lento en transcurrir»¹⁹.

Entre el instante y el tiempo lento existe otro tiempo más; todos componen una tría que preside y organiza la historia. La **única duración** se manifiesta históricamente en tres formas: la **corta**, «la más engañosa de las duraciones; la **media**, «el recitativo de la coyuntura» y la **larga duración**, «personaje embarazoso, complejo». Y las tres manifestaciones hacen referencia a tres tipos de atención historiográfica: la corta duración es la preferida de los historiadores del acontecimiento; la media es el tiempo en el que mejor se desenvuelven los historiadores de la economía y la larga es el tiempo, casi inmóvil, que atienden los historiadores de la cultura.

La organización braudeliana de la duración significa algo más que el descubrimiento y justificación de unos ritmos que primero hay que observar. Es ante todo la constatación del cambio social y el hallazgo de unos mecanismos de aceleración y deceleración, que son expresivos de la estructura y fortaleza de una sociedad.

1. **El instante**. Braudel considera el acontecimiento como un hecho que dura poco y no le ha preocupado la medición de su **rastro**. Todo rastro es una sucesión de hue-

¹⁶ F. BRAUDEL, «Prólogo a la primera edición francesa», *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid, FCE, 1976, p. 18.

¹⁷ *Ibid.*, «Prefacio a la primera edición española», p. 9.

¹⁸ F. BRAUDEL, «Histoire et sciences sociales: la longue durée», *Annales*, 13, 1958.

¹⁹ *Ibid.*, en *La Historia y las ciencias sociales*, p. 63.

llas cuya impresión sólo desaparece al cabo de cierto tiempo y con la actuación de ciertos elementos rectificadores. Un tratado de paz, Utrecht por ejemplo, es un acontecimiento que «dura» poco; incluso su preparación previa y su desarrollo se inscribe en la corta duración. Pero Utrecht deja un rastro cuya sucesión de huellas «dura» hasta hoy y, la presencia de elementos rectificadores, que buscan borrar el rastro dejándolo reducido a un simple episodio de fácil olvido, sigue marcando actitudes y comportamientos de sociedades concretas, de instituciones, e incluso forma parte de algunos programas de partidos políticos.

Ha de reivindicarse en la Nueva Historia el acontecimiento, despojándolo de esa necesaria peyorización que ha favorecido otras preocupaciones. Hemos de preguntarnos por la huella y por el rastro. Porque una crucifixión se magnifica y trasciende lo que hoy entendemos por «acontecimiento», cuando empezamos a observar la huella y a seguir el rastro. Esta tarea sirve para revalorizar el acontecimiento; y ello es beneficioso todavía, porque ayuda a explicar por qué personajes, fechas, batallas, lo denostado por la Nueva Historia, producen rastros que todavía hoy emocionan y logran manifestaciones que, a su vez, dejan huellas suficientes que contribuyen a perpetuar en la memoria colectiva lo que despectivamente denominamos acontecimientos. Me refiero a los significados del Guernica, a las perpetuaciones semánticas y literarias, etc.

El tiempo corto, pese a ser de «corto aliento», deja tal rastro en el comportamiento social posterior que es preciso devolverle su justa consideración. El tiempo corto dura más de lo que somos capaces de imaginar; la atención a los rastros permite constatar la importancia que debe recuperar la cronología, el hombre y la palabra²⁰.

2. La coyuntura. El tiempo medio braudeliano es un instante especial que Pierre Vilar ha definido recientemente así:

«la coyuntura es el conjunto de las condiciones articuladas entre sí que caracterizan un momento en el movimiento global de la materia histórica»²¹.

He aquí la clave de por qué es preciso ligar las nociones de coyuntura y de estructura: todos los elementos, articulaciones, relaciones, que pueden caracterizar un momento constituyen la coyuntura. Es preciso, pues, definir el momento si se pretende examinar la coyuntura y considerarla como un factor histórico fundamental²². Es la nueva historia económica y social la que «coloca en primer plano de su investigación la oscilación cíclica y apuesta por su duración»²³. En efecto, desde el siglo XIX y, todavía más, en el siglo XX, la preocupación de los economistas y de los historiadores ganados por su causa ha sido honesta: descubrir problemas esenciales y tratar de averiguar los mecanismos que los causan. Gracias a ellos se ha apreciado el movimiento coyuntural que es un tiempo, un instante de variable duración, en el que lo característico es que se repiten conjuntos de

²⁰ P. NORA, «La vuelta del acontecimiento», *Hacer la Historia*, I, Barcelona, Laia, 1978, pp. 221-239; J. LE GOFF, «Le dimanche de Bouvines», *Magazine Littéraire*, 189, 1982, pp. 28 a 31.

²¹ P. VILAR, «Coyuntura», *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980, P. 81.

²² *Ibid.*, pp. 81 y 83.

²³ F. BRAUDEL, «La larga duración», p. 64.

señales que, convenientemente analizadas, producen imágenes ralentizadas de su comportamiento temporal.

Para Akerman²⁴ la esencia de la coyuntura es el ciclo, que puede estudiarse como **fenómeno de estructura** o como **fenómeno mecánico de coyuntura**²⁵. La definición de ciclo ha de distinguirse específicamente de su explicación y Akerman la descompone en nueve puntos y su representación gráfica en seis fases²⁶: desde la observación econométrica es posible aislar teóricamente una **longitud de onda** variable en la que se diferencian ciclos primarios (Kitchin, de dos a cuatro años), de ciclos secundarios (Juglar, de seis a doce años). Además de la **amplitud**, de la **correlación**, de la **dispersión** y de la **recurrencia**, el ciclo de coyuntura ha de definirse en relación con un conjunto de **dependencias**, siendo unas de tipo estructural, endógenas, y otras de tipo exógeno.

Akerman propone la superación, admitida desde 1913, de la división del ciclo en cuatro fases: el problema de la aceptación de la división en **revival**, **prosperity**, **crisis** y **depression**, surge al tener que reconocer la existencia de transiciones, con un contenido temporal indudable, que Akerman resuelve planteando una interrogante filosófica: «¿cuándo se vuelve parda la hoja verde?»²⁷. Su propuesta de seis fases en vez de cuatro, contribuye a definir el ciclo coyuntural también con contenidos temporales cuya borrosidad e imprecisión sólo podrán resolverse en la observación práctica.

Hasta aquí la posición de Akerman que sintetiza una línea de investigación económica que relaciona datos empíricos y teoría; pero el historiador ve las cosas de otro modo: la esencia de la coyuntura no es el ciclo, sino que «la coyuntura es una estructura»²⁸ y no del modo en que entienden la estructura los lingüistas, filósofos y antropólogos estructuralistas, sino de un modo más dinámico.

Al estructuralista le interesa la permanencia, la estabilidad; al historiador le importa el movimiento, el cambio. La esencia de la coyuntura y de la estructura es el **movimiento**²⁹ y, para un historiador comprometido con su realidad, **lo que causa ese movimiento**. Todo nos conduce a la complejidad y al movimiento que se perpetúa en un orden lógico del que apenas sabemos nada: el movimiento económico es siempre anterior al movimiento social y éste al cambio mental³⁰; y es que las estructuras económicas son aparentemente más frágiles y su duración y agotamiento presentan desfases temporales respecto de los cambios sociales y, mucho más evidentes, respecto de los mentales.

Pero todo se entremezcla afortunadamente para ofrecernos la complejidad. A veces los desfases temporales son tan cortos que resultan imperceptibles y, siempre, nos queda la terrible sospecha de haber hallado la explicación única.

²⁴ J. AKERMAN, *Estructuras y ciclos económicos*, Madrid, Aguilar, 1962.

²⁵ «El ciclo de coyuntura puede estudiarse ya sea como fenómeno de estructura, ya sea como fenómeno mecánico de coyuntura, pero un análisis que siga simultáneamente estos dos procedimientos es, lógica y metodológicamente, imposible». *Ibid.*, pp. 31 y 32.

²⁶ *Ibid.*, pp. 193 a 195.

²⁷ *Ibid.*, p. 193, nota 3.

²⁸ E. LABROUSSE, «Estructura y movimiento en historia», *Las estructuras y los hombres*, Barcelona, Ariel, 1969, pp. 96 y 97.

²⁹ A. SOBOUL, «El movimiento interno de las estructuras», *Las estructuras y los hombres*, p. 119.

³⁰ E. LABROUSSE, *Las estructuras y los hombres*, pp. 146 y 147.

«No se crea que me inclino por no sé qué explicación unitaria, totalitaria de la historia. El hecho económico representa para mí el hecho capital, pero no, ni mucho menos, el hecho único. No comulgo ni con una historia materialista ni con una historia idealista. Me inclino por una historia positiva: la que intenta abarcar todos los problemas, estudiarlos tan a fondo como sea posible, sin menospreciar lo superficial ni lo hondo. La historia que plantea, a veces, los problemas de estructura y de superestructura, la que va de las economías a las ideologías»³¹.

La explicación de Labrousse pone de manifiesto la evidencia de la complejidad, del movimiento, del cambio y de la interacción de factores climáticos, económicos, sociales, políticos e institucionales³², como conjunto que actúa en la coyuntura. Ésta «es más un signo que una causa; aclara mejor una cronología, que un mecanismo»³³. Y es la cronología la explicación más simple del movimiento y evita por sí misma que el historiador sufra «tentaciones ideológicas»³⁴ que le muevan a buscar estabilidades y a creer que la coyuntura, el tiempo medio, está dominado. Y ocurre que «el tiempo medio no está dominado» y que «la larga duración no es muy larga. Entre ella y el acontecimiento, el tiempo medio es el enigma»³⁵.

3. **El tiempo largo.** La definición temporal de Braudel y las estructuras que la acompañan son, hoy también, un enigma. La estructura es «lo que domina los problemas de la larga duración», y ésta se presenta «como un personaje embarazoso, complejo, con frecuencia inédito»³⁶. La movilidad de las estructuras, su capacidad para transformarse y la resistencia que ofrecen al cambio, exigen análisis que necesitan abrir nuevos caminos en el trabajo del historiador. Como ha señalado Eiras, «La observación de la realidad histórica en su larga duración, permite la integración necesaria de la observación coyuntural»³⁷. Y es que existen tiempos, ritmos y duraciones que se entrelazan, que se sobreponen y que se desfazan en íntima relación con las estructuras observadas³⁸. E incluso debe entrelazarse la observación del instante porque, aunque el acontecimiento es fugaz, a veces imperceptible, siempre deja huella que contribuye a fijar la resistencia de las estructuras, o a acelerar la rapidez de su transformación.

Si el tiempo largo es el ritmo con el que se desenvuelven estructuras resistentes, casi «inmóviles», existen coyunturas e instantes en los que pueden anotarse signos que parecen vencer la resistencia y alterar la inmovilidad aparente. Sin duda han sido los historiadores demógrafos quienes mejor han percibido la singularidad del instante y la importancia de su oportunidad: la observación del instante de nacer, o del morir, arrastra incons-

31 E. LABROUSSE, «1848, 1830, 1789: tres fechas en la historia de la Francia moderna», *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, Tecnos, 1973, p. 478.

32 K. POMIAN, «L'histoire des structures», *La Nouvelle Histoire*, Paris, CEPL, 1978, pp. 528 a 553.

33 P. VILAR, «Crecimiento económico y análisis histórico», *Crecimiento y desarrollo...*, Barcelona, Ariel, 1974, pp. 66 y 67.

34 P. VILAR, «Historia marxista, historia en construcción», *Hacer la Historia*, I, Barcelona, Laia, 1978, p. 196.

35 *Ibid.*, pp. 196 y 201.

36 F. BRAUDEL, «La larga duración», pp. 70 y 74.

37 A. EIRAS, «Para una comprensión de los fundamentos metodológicos de la moderna historia estructural», *Revista de Bachillerato*, 2, 1977, p. 14.

38 M. VOVELLE, «L'histoire et la longue durée», *La Nouvelle Histoire*, Paris, CEPL, 1978, pp. 331 y 332.

cientemente a la percepción de estructuras sociales y mentales y a la larga duración³⁹. El miedo, la angustia, el temor, el rumor, producen secuelas⁴⁰ y un conjunto de afloramientos mentales, de creencias, de gestos y actitudes concretas que, aunque surgen en el instante, pertenecen al campo de la herencia, de la costumbre y de una última e íntima esperanza que constituye el límite de la búsqueda de la seguridad⁴¹.

La Historia, junto a las estructuras geohistóricas anunciadas por el posibilismo de Vidal de la Blache y por la duración de Braudel, al lado de las estructuras resistentes de Lébrousse, nos ha mostrado también **pervivencias de hechos que nacieron como simples acontecimientos** y, por una sólida vitalidad todavía poco resaltada, han dado lugar a **estructuras estables**, muy ágiles y resistentes, que tienden a perpetuarse en el tiempo y en las sociedades.

Voy a referirme a esas surgencias episódicas que duran realmente poco tiempo. Un sermón, una proclama, un manifiesto, constituyen acontecimientos que, por su solidez, pueden despertar emociones que se colectivizan y se hacen permanentes en el funcionamiento social⁴². Es decir, que alcanzan y hasta presiden la larga duración: el compromiso de un campesino galileo, considerado absurdo por los judíos y cosa de locos por los griegos, dura y todavía resulta inexplicable y, de paso, explica que la Historia se centre y se divida en antes y después de Él⁴³. El acontecimiento colombino, el manifiesto comunista, continúan despertando aceptaciones y rechazos que desembocan en actitudes y emociones todavía hoy bien visibles.

En efecto, «Las duraciones que distinguimos son solidarias unas de otras»⁴⁴ y han de integrarse en la complejidad puesto que las estructuras en las que distinguimos la duración, estructuras económicas, sociales y mentales, se relacionan de forma interdependiente⁴⁵ y su explicación ha de basarse necesariamente en su visión total. Toda mentalidad «debe insertarse en una realidad que la encuadre, la justifique, o mejor, la explique»⁴⁶; y esta realidad sólo puede ser social y, por lo tanto, compleja. Abordarla exige una preocupación por el tiempo, por todos sus ritmos y duraciones, porque «el esfuerzo para objetivar el tiempo es solidario del esfuerzo por comprender la realidad»⁴⁷:

³⁹ M. LAGET, *Naissances. L'accouchement avant l'âge de la clinique*, Paris, E. du Seuil, 1982.

⁴⁰ E. LE ROY LADURIE, «L'aménorrhée de famine (XVIIe-XXe siècle)», *Le territoire de l'historien*, Paris, Gallimard, 1973, pp. 331-348.

⁴¹ La seguridad de un buen nacimiento y de una buena muerte se obtienen de la herencia y de lo alto. Se confirma en el trabajo de Laget sobre el parto y en los de Lebrun, Ariès, Chaunu, sobre la muerte.

⁴² Incluso concepciones ingenuas e idealistas pueden convertirse en tópicos que, al aceptarse socialmente, duran mucho tiempo. PH. LONGWORTH, «La revuelta de Pugachev: el último gran levantamiento cosaco campesino», *Rebelión campesina y cambio social*, Barcelona, Crítica, 1978, pp. 321 a 325. También G. RUDÉ, *Revolución popular y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1981, pp. 32 a 48.

⁴³ CH. DAWSON, «Noción cristiana de la Historia», *Dinámica de la Historia Universal*, Madrid, Rialp, 1961, pp. 178 y 179.

⁴⁴ F. BRAUDEL, «La larga duración», p. 98.

⁴⁵ G. DUBY y R. MANDROU, *Historia de la civilización francesa*, México, FCE, 1966. Otro ejemplo afortunado es J. FAYARD, *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, Madrid, Siglo XXI, 1982.

⁴⁶ R. MANDROU, «Le Baroque européen: mentalité pathétique et révolution sociale», *Annales*, 15, 1968, p. 899.

⁴⁷ M. SIGUÁN, «La temporalidad del hombre», *Homenaje a Xavier Zubiri*, II, Madrid, Moneda y Crédito, 1970, p. 622.

sólo de este modo estaríamos en disposición de elaborar «una teoría del devenir»⁴⁸ y percibiríamos con más nitidez lo cualitativo de las estructuras, la solidez de sus mecanismos internos y, lo más importante, que todo objeto es investigable y que ha dejado de ser simple, y todo método también⁴⁹. De este modo romperíamos definitivamente «el ídolo cronológico» y el trabajo del historiador se convertiría en una actividad más coherente y objetiva⁵⁰. Porque, en definitiva, lo que tenemos que investigar y enseñar es por qué hay acciones de los hombres, de las sociedades, que duran más que otras y cuáles de estas acciones han contribuido mejor al progreso de la humanidad. Porque sólo observando las sociedades y los gestos que producen, hallamos sociedades más resistentes que otras, gestos que se agotan rápidamente dejando de producir señales; son las duraciones que han contribuido a conceptualizar el tiempo histórico como un **tiempo social**.

⁴⁸ H. VAN DER WEE, «El empleo de conceptos y modelos teóricos de las ciencias humanas en la historia», *Actas de las I J.M.A.C.H.*, III, 1975, p. 711.

⁴⁹ J. REVEL, «Foucault et les historiens», *Magazine Littéraire*, 101, 1975, p. 11.

⁵⁰ F. SIMIAND, «Méthode historique et science sociale», reprod. en *Annales*, 15, 1960, pp. 118 y 119.